



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

En la verbená.



—¿Conque vive usted aquí á la vuelta?
 —Sí, señor; en el 24.
 —¿Sola?
 —¡Ay! No, señor; con mi marido, pero estoy pa despartarme.
 —Si se acordara usted de mí entonces...
 —Por eso me estoy fijando tanto en la fisonomía...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Valiente mandadero!, por Juan Pérez Zúñiga.—El hombre, por Luis Ansuena.—La primera y la última, por Eduardo Bustillo.—La estatua de oro, por José Estramera.—La orgía, por Sinesio Delgado.—¿Qué hago, Señor?, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: En la verbena, por V. Barneto.—El hombre (tres viñetas).—¡Agua! (seis viñetas).—Entrés por un punto (tres viñetas).—España cómica (Lérida), por Cilla.

DE TODO UN POCO.

Crónica portuguesa.

La playa está en todo su apogeo, y a pesar de lo avanzado de la estación, continúan los trenes vomitando bañistas.

Al principio se creyó que este año vendrían pocos españoles a Figueira, pues el cólera portugués había sembrado la alarma entre los honrados vecinos de Cáceres, Badajoz y demás provincias cercanas a esta ciudad; pero se ha averiguado con toda exactitud que no ha habido tal cólera ni tales bacterias, y que lo único que se ha padecido en Lisboa fué una especie de fíto húmedo, acompañado de ruidos interiores y náuseas irresistibles.

De manera que los bañistas acuden este año, como el anterior, a remojarse en el mar y a lucir su garbo en el Casino Español. Allí nos reunimos a todas horas los ilustres descendientes de Tubal y su familia, y allí sabemos, con verdadero regocijo, que están para llegar las de Boliche, de Villatorda, las de Fémur, de Castromelones, y las de Pajarete, de Guarra la Mayor.

—¿Viene este año don Crispulo, el de Chaparral de Arriba?— preguntamos a uno.

—Sí, señor; viene el martes, con un mancebo de botica huérfano a quien tiene recogido.

—¿Y la señora de Mojoncete?

—Esa no puede venir, porque se le ha perdido toda la aceituna.

—¿Qué lástima!

—Da pena ver cómo se le han quedado los olivos; tanto, que la pobre ha estado muy malita, y este año no metó más que tres cerdos, porque le ha tomado horror al embutido.

—Parecía muy buena señora.

—Es un ángel, y en el pueblo la queremos todos. No ha visto usted un corazón como el suyo; en fin, baste decir a usted que le toma cariño hasta al ganado. Ahora tiene en su casa un cerdo a quien conoció desde pequeñito y no lo quiere matar por nada de este mundo.

—¿Y dónde lo tiene?

—Por el día en la sala, y por la noche lo pone a dormir con el criado.

Cuando viene uno a Figueira, conoce una porción de cosas que antes no sabía.

Yo, que me reúno con varios extremeños, sé desde hace pocas días cómo se recoge el corcho y cómo se cosecha la bellota y cómo se pica la carne para los chorizos; y a cada paso oigo hablar de cosechas, pastos, olivos y morcillas.

Casi todos los extremeños que veranean aquí poseen muchos bienes raíces, y yo estoy achicado delante de ellos.

Dice uno:

—Yo tengo una dehesa en Alcornocal que me produce seis mil duros de pastos.

—Pues yo tengo dos mil cochinos y una cabra.

—Yo recojo tres mil fanegas de trigo un año con otro.

—Pues yo—añado con cierta cortedad—tengo dos macetas en el balcón de la sala y un hongo aquí y otro en el bañi.

La prueba de lo rico que son nos la dan todos los días cambiando de traje y tomando gaseosas. Hay hombre que se bebe tres botellas por la mañana y cinco por la tarde, porque es lo que él dice:

—En mi pueblo no tenemos gaseosas, y cuando vengo aquí me aprovecho.

De manera que se sienta uno al lado de este señor, y nota con espanto que le suenan las tripas, como si tuviera dentro una caraca.

—¿Qué es eso, don Cipriano? ¿Se queja usted?—le pregunto.

—No; son las gaseosas que se pelean.

Entre los bañistas españoles hay uno que se muere por el gazpacho; pero como no tiene aquí a la familia y él no sabe hacer el famoso plato español, coge un tomate crudo y se lo come, después un pimiento, en seguida un pepino y por último se bebe un cuartillo de agua con un sorbo de aceite y otro de vinagre. Cuando ha ingerido todos estos elementos, comienza a agitarse de abajo arriba como quien sacude una botella.

—¿Qué hace usted?—le decimos.

—Me menea para que se incorporen los líquidos, porque si no, no resulta gazpacho—contesta él.

También aquí hay grupitos que no se unen entre sí por nada del mundo. Esto es: las de Gómez y Pérez no quieren alternar con las de Gutiérrez y López; las de Buchinche odian a las de Ombliquin y las de Garrapato aborrecen a las de Canilleja.

—Yo no me trato con esa gentuza—dice una señorita de Villar de Gansos, aludiendo a otra de Cimborrio de Arriba.

—¿Por qué?

—Porque aún hay clases. El padre de esa chica ha sido escribiente de papá y tiene un tío en Cáceres que pone sanguijuelas por las casas.

—Pues ella parece muy finita.

—No lo crea usted; ahora resulta mejor, porque le han hecho tres vestidos para venir a los baños, pero es una cursi que gasta los corseés de veinticuatro reales y tiene una hermana casada con un hojalatero.

En cambio los portugueses no hacen distinciones y tratan con la misma afabilidad a las de Buchinche que a las de Canilleja, porque dicen, y dicen bien, que la hermosura tiene sus prerrogativas y que el único medio de llegar a la fraternidad de ambas naciones es el de unirse en apretado haz portugueses y españolas, sin fijarse en el precio de los corseés.

La playa animadísima, pero sin atractivos naturales, porque las jóvenes dan en vestirse de serenos para entrar en el agua.

Antes usaban unos trajecillos vaporosos, que ocultaban a medias los encantos de la naturaleza; ahora se ponen unas túnicas artísticas y unos pantalones inverosímiles que no permiten ver más que el tobillo.

La tónica que se baña con arreglo a las prescripciones del arte plástico es doña Purificación, la esposa del farmacéutico de Chaparrisco, y ojalá no se bañara, porque parece una foca en estado interesante, y en cuanto aparece en la playa, los hombres se tapan los ojos con el sombrero, las mujeres se indignan y los niños rompen a llorar asustados.

¡Ay, qué doña Purificación de mis entretelas! Yo no sé cómo se ha atrevido a venir a Portugal con aquel vientre.

Quién sabe si esto dará lugar a un rompimiento de relaciones entre ambos países.

Luis Taboada.

¡VALIENTE MANDADERO!

¡Tú, tú, tú! (Es que llaman.)

—¿Usted es el señor...?

—Presente.

—Pues yo vengo desde Cádiz con el objeto de verle y entregarle un paquetito de parte de don Blas Pérez.

—No conozco a Blas ninguno.

—¿Pues no es usted el señor Lepe?

—No, señor, yo soy don Cosme Guardamalleta; de suerte

que no es para mí el encargo.

—Si me han dicho que lo deje aquí, en el piso segundo

del número ochenta y siete!

—Es que éste es el piso cuarto,

y además la calle tiene

sólo diez números.

—Bueno;

¿ver si logro entenderme.

—No es la calle de las Barcas

donde estoy precisamente?

—No, señor, que está usted en la calle del Tribalete, y esa que busca, en la corte jamás supe que existiese.

—¡Ah! Pero ¿esto no es Valencia?

—Por fuerza está usted demente.

—¡Si esto es Madrid!

—¡Acabáramos!

Vaya, pues usted dispense

la equivocación... (¿Y cómo

doy con el señor de Lepe?

Preguntaré, por si acaso,

en la casa de ahí enfrente.)

Y tras de vanas pesquisas

el hombre a Cádiz se vuelve

sin haberle dado a nadie

el bulto correspondiente.

De todos modos no hubiera

podido, pues el imbécil

se había dejado en Cádiz,

por un olvido, el paquete.

Juan Pérez Zúñiga.



El hombre.

El momento fué terrible. La mujer retrocedía hacia la puerta del gabinete pidiendo socorro á grandes voces. Sin hacer caso de éstas, avanzaba el marido con el puño en alto y en amenaza de descargarle sobre el cráneo de la joven, frenético, loco... La catástrofe era inminente. La mujer se daba por muerta; por vengado, el marido... Una sombra se interpuso entre ellos... Detuvo el brazo del hombre, empujó á la mujer haciéndola entrar en el gabinete, cerró la puerta de éste, se guardó la llave y quedó inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, alta la cabeza, erguido nerviosamente el cuerpo, en disposición de defender la entrada de la habitación contigua, en la que por algún tiempo se oyeron los sollozos de la joven, salvada en tan oportuna ocasión.

Los dos hombres se miraron fijamente sin pronunciar palabra al principio, como dos enemigos que miden sus fuerzas antes de comenzar una lucha terrible. Al fin el marido, apretando los puños y moviendo la cabeza con furor creciente, dijo al otro:

—Juan, no sabes lo que haces... Déjame pasar... Dame la llave...

—No, Antonio... Mientras permanezcas en ese estado, te trataré como á un loco... No sé la causa que ha motivado la escena que corté tan á punto... Pero no importa... Aunque te sobre la razón, preciso es que yo evite un crimen... Y le evitiré... Soy tu hermano... Soy sacerdote...

—¡Cierto!—exclamó Juan golpeándose la frente con las manos.— Eres sacerdote... y por serlo no has de entender lo que te digo... Vives en otro mundo... con otros anhelos; tu corazón se ha acorchado para las pasiones de la tierra; mejor dicho, nunca las sintió... Tu vida, tus creencias, tu temperamento, tu fe monástica te separan de mí... El abismo que entre nosotros dos se abre no le llenarán mis palabras, mis quejas, mi furor mismo... Estoy seguro que no nos entenderemos en este asunto... ¡Lo peor que le podía pasar á mi venganza justa era encontrarse frente á frente con tu negra sotana!... Así, pues, no hablemos... Dame la llave... Déjame pasar... Vé tú á rezar, que hará falta...

—¡No!—dijo el cura, que había palidecido intensamente, advirtiendo el desprecio con que su hermano habló de su desconocimiento de las pasiones humanas.—¡No iré á rezar ahora! Me quedaré aquí defendiendo esta puerta, luchando con tu locura si es preciso... impidiendo por cualquier modo que toques uno solo de los cabellos de tu mujer!... ¡Para evitarte á ti mismo una desgracia horrible!...—añadió, reprimiendo el ímpetu feroz que le hizo pronunciar sus últimas palabras.—¿Te molesta mi sotana, como has dicho sarcásticamente?... Pues bien, prescinde de ella... No la mires... Quitála mentalmente de mi cuerpo... y habla al hermano, al hombre... Puedo entenderte...

Y estrojaba entre sus dedos contraídos el negro paño de su traje, como si deseara arrancarle de su cuerpo. Realmente en aquel instante le molestaba á él mismo... Sentíase furioso al reconocer que el feroz sacrificio de su vida resultaba ya estéril; que aquella situación violentísima mataba en él por completo al sacerdote y le ponía frente á su pasión, contenida hasta entonces por una voluntad de atleta moral, que aherrojó los sentidos, sin conseguir aniquilarlos por completo. Sufría horriblemente... Hasta entonces habíase limitado á presenciar la dicha de Antonio, dicha que hacía más in-

franqueable la barrera puesta á sus malditos deseos... Ahora las cosas cambiaban. Su hermano pretendía golpear á aquella mujer, matarla quizás, y á esto ya no se resignaba Juan... Era más de lo que podía pedirle... y el sacerdote se olvidaba de sus votos, de su carácter esgrado, de sus obligaciones para con Dios, y quitándose también en la imaginación sus hábitos, mostraba á su hermano su pecho desnudo, su carne de hombre dispuesto á luchar y le decía con voz llena de impaciencia por conocer el caso, y de energía: «No; ahora no rezo... Hablemos... Puedo entenderte...»

—Pues oye, y vamos á ver si es verdad—respondió Antonio sonriendo siniestramente. Y dejándose caer sobre el sofá, como aniquilado por aquella lucha, miró frente á frente á su hermano, que permaneció de pie en el mismo sitio, y le dijo así:

—Como yo, conoces mi historia. Es la de una pasión profunda comenzada á sentir á los veinte años, y que ha ido creciendo hasta absorber por completo mi corazón, mi inteligencia, mi ser entero... Sabes lo que he tenido que luchar hasta conseguir la posesión de esa mujer y la paciencia y constancia que en esta tarea he puesto. Nuestros padres no nos dejaron más fortuna que su nombre honrado... Tus inclinaciones te llevaron á la Iglesia, y á ella fuiste, valga la verdad, sin que en tu camino tropezaras nunca con grandes obstáculos... Caminito suave que lleva al cielo—y al decir esto sonrió con amarga burla.—El mío fué más penoso... Perítenencia al mundo, á mi pasión tremenda, á mis deseos; necesitaba conquistarme un nombre, una modesta fortuna que ofreciera á Julia... Trabajé como un negro... Conseguí lo que quería, y me casé... Encerrado tú no recuerdo en qué seminario ó convento, no presenciaste esta ruda batalla, y acaso sea para tí esfuerzo sin valor, y digno del más soberano desprecio, por encaminarse á cosas del mundo, á bienes efímeros que la vanidad humana solicita para regalo del cuerpo... Piensa lo que quieras, pero te aseguro que costó trabajo... Conseguí mi afán y efectuado mi matrimonio con Julia, seguí siendo el mismo que antes; quiero decir que la posesión de mujer tan deseada por mí no amengüó un punto mi amor, sino, al contrario, pareció que éste crecía... Nunca me cansó su presencia; jamás un beso suyo quedó sin respuesta; el idilio se prolongaba indefinidamente... Llegué á pensar que aquel cuerpo soberanamente hermoso, y aquella alma que creía aún más bella que el cuerpo, poseían el derecho de renovar sin cesar las emociones, de tal manera que las palabras y las caricias de mi mujer me hacían experimentar siempre algo no sentido con las del día anterior, con las últimas que escuché ó que recibí... No... Tras esa bendición con que unís á los seres para toda la vida, no sentí el cansancio que casi todos sienten. Cuanto más mía fué Julia, más querida fué... Una locura; porque jamás debe un hombre entregarse de manera tan completa, tan absoluta... ¿verdad?

No pestañeó el sacerdote. El cuadro que Antonio le pintaba, con deseo de mortificarle por la pretensión que el primero había tenido de poder comprender cuanto dijera, agitaba profundamente su ser. Sentía latir su corazón como si le fuera á romperse, ahogándose con la oleada de sangre que brotara de la herida interna... Todo lo que su hermano le refería hablaba él visto en su imaginación, durante sus días de fiebre y de impotencia para vencer sus deseos. Mientras

Antonio hablaba de la lucha sostenida para lograr la posesión de Julia, hubo en la mirada y en el gesto del cura algo de desprecio... ¡Se vanagloriaba su hermano de aquello que no era nada comparado con la batalla constante que él había librado!... Al fin el afán de Antonio esperaba una recompensa; el suyo nada podía esperar...



Después, el desprecio se convirtió en sorda rabia... Vea el cuadro de aquellos amores, con tanta precisión como el horrible de momentos antes; y pensó que, por mucho que fuera el actual dolor de su hermano, se compensaba con la pasada felicidad. Llegó á decirse que Antonio se quejaba de vicio; que él aceptaría desde luego un dolor doble por la mitad de aquella dicha. Sin contestar ni con un gesto, siguió escuchando.

—Pues bien—exclamó Antonio levantándose de su asiento como si la narración ordenada de su vida le fuera ya imposible,—¿sabes tú cómo me ha pagado esa mujer todos mis años, todo mi amor, la absoluta entrega que de mí le hice? ¿Sabes cómo?... ¡Engañá: domo loíamente, mintiéndome del modo más cruel! ¡Deshonrando mi nombre... que es también el tuyo, Juan!... ¡que es el tuyo!... Me has dicho que prescindiera de tu setena... que hubiese al hermano... A éste le digo que Julia ha escarnecido nuestro nombre... nuestro honor... ¿Qué hace ahora el hombre? ¿Defiende aún á esa mujer?... ¿Pide pruebas?... Toma, ahí las tienes... Lee esas cartas... Sé ju-z...

Y le entregó unos papeles (no sacó de su bolsillo. Cogiólos ávidamente el cura y, sin separarse de la puerta, empezó á leerlos. Allí estaba la historia del adulterio de Julia, con todos sus detalles.



Aquellas cartas, escritas por ella en momentos de fiebre, respiraban una pasión tan loca, tan ardiente, tan sensual que, á medida que las iba leyendo, el sacerdote se tornaba lívido. El llamamiento que Antonio había hecho á su propio nombre, á su horror, le agitó profundamente, despegándole aún más de su condición de sacerdote, haciendo que de éste surgiera el ímpetu del hombre, del ser apasionado y celoso que vivía en él... Celoso, sí... Ya no se trataba del

respeto debido al hermano; de la dicha de éste, á la que él no podía tocar... El rival era otro... Un cualquiera... Un ser al que se podía odiar sin más escrúpulos que los religiosos, y éstos habían muerto para siempre. Parecióle á Juan que él era Antonio; que la ofensa se dirigía á él mismo; que no podía, que no debía perdonarla... Las frases que leía punzabanle en el corazón como si de asunto propio se tratase. Una más apasionada que las demás le arrancó un grito... Instintivamente llevóse la mano al bolsillo de la sotana para buscar la llave del gabinete contiguo, volviendo el cuerpo como si se dispusiese á abrir y vengar la traición por sí mismo, y mientras seguía leyendo sacó la llave... Un violento esfuerzo le volvió á la realidad... Levantó la cabeza, miró á su hermano, estrujó nerviosamente aquellas cartas, y sin soltarlas, sintiendo que en él se hundía algo grande, sostenido hasta entonces por la fuerza de una voluntad de hierro, arr. jó al suelo la llave, y huyó de allí como un loco, gritando á Antonio:

—¡Tómala!... ¡Ahí la tienes!...

L. Antorena.

¡Agua!



- ¿Las oficinas del canal de Lozoya?
—Aquí están, sí, señor.
—Pues verá usted. Yo venía á quejarme porque soy abonado, allí en el barrio de Salamanca, y hace un mes que no me llega una gota de agua al grifo.
—¿Y qué se le ha de hacer? ¡Hay escasez y se ha cortado por allí.
—Pues ¡maldita sea mi suerte! ¿Y durará mucho el corte?
—¡Vaya usted á saber! Mientras no se acabe de hacer el tercer depósito...
—¡Carástolis!



- El caso es que yo he pagado veinte pesetas porque la empresa me sirva una cantidad determinada de agua durante el segundo semestre...
—¿Y qué?
—Que como no se me sirve el agua vengo á que me devuelvan ustedes las veinte pesetas.
—¡Oo, hombre! Aquí no se devuelve nada. ¡Puede que crea usted que somos tontos!



—¿Es el nuncio de S. S. á quien tengo el honor de hablar?
 —Para servirle.
 —Bueno; pues yo vengo á apelar á V. S. I., porque la empresa del canal ni me sirve el agua ni me devuelve los cuatro duros.
 —Y ¿qué quieres que le haga yo? ¡Ya te tendré presente en mis oraciones!



—Esto me sugiere una idea magnífica. ¡Bien dicen que no hay mal que por bien no venga! Desde ahora cobro las suscripciones adelantadas, luego no sirvo el periódico á los suscriptores... y me redondeo en un par de años.



—Señor, la empresa del canal...
 —Basta, hij: lo sé todo. Y no te queda más que un recurso.
 —¿Cuál?
 —Dar gracias de que no hayan sido más que ochenta reales.
 —Pero es que me muero de sed, Señor.
 —Paciencia; más padeció mi Hijo por vosotros.



Pero entre tanto así estamos los vecinos de la calle de Torrijos y eriales adyacentes, esperando á que lleve.

LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA

I

Y á su novia escribió de esta manera:
 «Pilar del corazón, niña hechicera,
 encanto de mis ojos;
 ayer te hablé de amor por vez primera
 y tú me respondiste sin enojos.
 »El cielo estaba azul, el mar sereno,
 en calma el alma mía,
 y Dios, como es tan bueno,
 nuestro dulce lenguaje bendecía.
 »Tu madre nos seguía con tu padre
 y nos dejaba hablar tranquilamente,
 y ¡qué buena y simpática es tu madre!
 Tu padre ¡qué señor tan excelente!
 »Tuyos son esos padres, Pilar mía;
 pero, soñando yo que son ya míos,
 me paso, en amorosos desvaríos,
 rezando *padres nuestros* todo el día.
 »Pilar: el juramento de tu esposo
 en su pilar oirá la Virgen pura,
 y en tierra de Aragón me harás dichoso
 cuando su bendición nos eche el cura.»

II

Y el esposo escribió por vez postrera:
 «Pilar: dara mujer, terrible fiera,
 que falsa ofrece á mi mal remedio;
 rotos están los lazo;
 dos mil leguas de mar están por medio
 y en él me quiero ahogar y no en tus brazos,
 »Revuelto mar, y cielo amenazante,
 y el alma hecha un infierno,
 con horror del recuerdo del instante
 en que forjó mi amor un lazo eterno.
 »Quédate con tus padres, pues te juro
 que ya no lo son míos,
 porque ya pasa de castaño oscuro
 que sancionen tus negros extravíos.
 »Tus padres son; más yo no me acomodo
 á padres tan siniestros,
 y si me pongo á orar, lo rezo todo,
 mas nunca *padres nuestros*.
 »Dejé á la Pilarica en Zaragoza
 en su firme pilar, tan bendecido;
 pero tú, buena moza,
 tú, mi fiera Pilar, ya te has caído.»

Eduardo Bustillo.

Entrés por un junto.



Uno, el as.



Do-, la sota.



Tres... ¡el gobernador!

LA ESTATUA DE ORO

No recuerdo en qué ocasión quiso cierto ayuntamiento elevar un monumento á San Dimas, su patrón.

Y en una sesión, á coro, convinieron los ediles en juntar miles y miles para hacer la estatua de oro.

Cuando fueron á tratar de quién fuera el escultor, eligieron el mejor que pudieron encontrar.

Y la persona indicada tenía tales cinceles, que para ser Praxiteles le faltaba poco, ó nada.

Fué á verle una comisión y le dijo que acudía á él, sirviéndole de guía su grande reputación.

Y que el pueblo liberal le daría una fortuna porque le legara una maravilla escultural que por centenares de años honra diera á la nación y fuera la admiración de naturales y extraños.

Él dijo:— A tales mercedes

muy agradecido quedo; pero, la verdad, no puedo trabajar ya para ustedes.

Ha tiempo comprometida toda mi labor está, y tengo trabajo ya para el resto de mi vida.

—Muy de veras lo deploro— contesta un comisionado,— porque usted hubiera labrado, una hermosa estatua en oro.

—¡Habráis para mañana! ¡En oro tiene que ser! Pues la haré. Venganía á ver á mediados de semana.

Fué la comisión entera, y el artífice, muy hueco, les hizo ver un muñeco hecho de cualquier manera.

Y fué unánime opinión que aquello no se admitía, pues tal santo no podía nunca inspirar devoción.

Y el autor dijo:—No ignoro que mi obra no es de admirar; pero ¡no la han de adorar estando labrada en oro!

José Estremosa.

La orgía.

—Oyes (me dijo Perico, que es un andaluz de Cádiz dicharachero y alegre y guasonazo y tunante), si quisieras saber lo que es bueno, vente conmigo esta tarde á un *reservao* de... tal sitio á tomar un *piscolabis*. Van dos amigos *de buten* y tres mujeres capaces de resucitar á un muerto con la broma y con el cante... ¡Te vas á morir de gusto con las cosas que se traen! Y fuf. Me atrajo el abismo, porque como el hombre es frágil...

Las mujeres, en efecto, me parecieron tres ángeles (porque tratándose *de ellas* adolezco de ese achaque) y pensé: «Vaya, aquí vamos á divertirnos en grande, á poquito que nosotros pongamos de nuestra parte.»

Y con este buen deseo, que no ha de chocar á nadie, vinieron las expansiones con los primeros enjuages. Como al principio no había la confianza bastante, nos desahogamos un rato diciendo vulgaridades; pero en cuanto el vino tinto fué calentando las fauces, se desataron las lenguas y empezaron los desplantes.

—¡Luisa, ya te estás marcando una de esas que tú sabes!

—Anda con ella.

—¡Que tengo deseos de acompañarte! Y Luisa, una morenucha con mucha sal y donaire, puso los ojos en blanco, se compuso un poco el talle y se *arrancó* de este modo marcando mucho los ayes:

«¡Ay, maresita del alma, tengo una pena tan grande que riego tu sepultura con lagrimitas de sangre!»

—¡Ole ya!

—¡Viva la gracia!

¡Bendita sea tu madre!

—¡Hay que quererla!

—¡Salero!

¡Vaya un modo de marcarse!

Y entre palmadas y bravos de entusiasmo delirante siguió en sus quejidos Luisa serena é imperturbable:

«Por dar unas puñaladas le metieron en la cárcel,

y allí se murió mi niño ¡ay! sin poder consolarle.»

Y así sucesivamente cantares y más cantares contando muertes, dolores, incendios y fieros males que escuchábamos nosotros ceñudos, serios y graves,

con los codos en la mesa y sin probar los manjares.

Para rematar la suerte, en mi brazo reclinándose

Paz, la rubia, me decía

bejito y llorando casi:

—¡Ay! estas cosas, chiquillo,

no son para mi carácter,

porque yo, á pesar de todo,

soy muy desgraciada, ¿sabes?

Me escapé de chiquitilla

de casa, porque mi padre

me ponía todo el cuerpo

perdido de cardenales.

Vine aquí yo no sé cómo,

¡y aquí he pasado más hambre,

y aún la paso... ¡Si supieras

que á veces pienso en matarme!

Yo quería consolarla,

pero ella dale que dale

que si golpes, que si llantos,

que si vida inaguantable...

Total, que al cerrar la noche

nos marchamos á la calle

sacando, de puro tristes,

los ojos como tomates.

Y ayer me encontré á Perico

y me dijo, al saludarme:

—¡Muchacho, menuda *juerga*

corrimos aquella tarde!

Sinesio Delgado.

ESPAÑA CÓMICA.

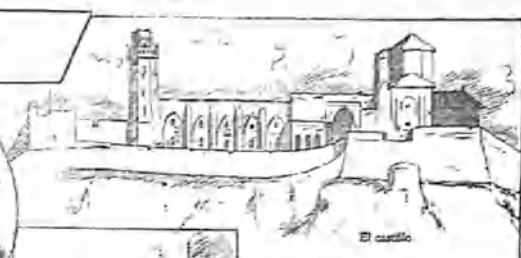
Merida



En sus todas las encrucijadas de los alrededores.



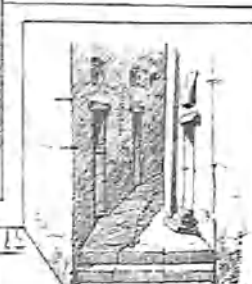
A pasear, á buscar á la mujer.



El castillo



La tarde del domingo—fin mitad de la calle.



Un callejón de la calle de Estremera—Y como éste hay muchas.



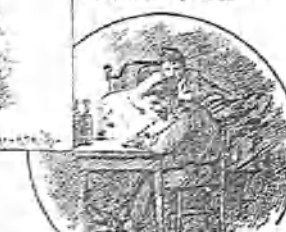
El tartanero de la fonda de España.



La torre de un aldea que es en su mayor, pero no es fin.



Café del Comercio.



A las nueve de la noche—Cuando el diablo no tiene qué hacer... se acuesta temprano.

Pilla



Para muestra de paja bastan dos montones.

¿QUÉ HAGO, SEÑOR?...

Si decido que sí, ya me condeno;
si decido que no, merezco un palo...
¿Qué hago, Señor, soy bueno ó no soy bueno?
¿Qué hago, Señor, soy malo ó no soy malo?

Yo lo propase, yo; pero llovía,
el agua me calaba
y con harta razón consideraba
lo mucho que Rosario me quería
y lo mal que en la calle me encontraba.
Y al suplicarle con doliente queja
y en el tono más suave
que me diera la llave
para abrir el candado de la reja,
hay que tener, Dios mío,
en cuenta la pasión y en cuenta el frío.
Ya sé que exageré lo de la lluvia,
pero era de rigor que exagerara;
ya sé que le pedí que me embosara
con el embozo de su trenza rubia,
juntando su cavita con mi cara.
Pero ella, tan jovial, que en broma toma
casi todas las cosas de la vida,
no tomó aquel'a noche nada en broma
una proposición tan atrevida,
sino que se me puso colorada
y no me reprendió poco ni nada.

El ser bueno consiste
en disipar la duda en que me abraso,
diciéndole al deseo «no hagas caso
de aquella cosa que en sus ojos vistes».
No presentar batalla
y confesar tranquila y santamente
que la que calla, calla,
y nada dice porque nada siente.

El ser malo consiste
en avivar la duda que me quema,
diciéndole al deseo «¿qué poema
de sus azules ojos tradujiste?»
Presentar la batalla
poniendo artillería á troche y moche...
y que llueva metralla
como llovía el agua aquella noche!

¿Y qué sucedería? Lo corriente,
que ella exclamara, como ya es sabido,
en el caso primero, ¡qué inocente!
y en el caso segundo, ¡qué atrevido!
Pues nada, me decido;
por esta vez, Señor, voy á ser malo
porque no trae ventajas el ser bueno.
¡Primero me condeno
que recibir por inocente un palo!

Antonio Montalbán.

CHISMES Y CUENTOS.

La población de Lyon se indignó extraordinariamente contra el asesinato del presidente de la República francesa á raíz del atentado.

Recordarán ustedes que hasta se verificó el saqueo ordenado y metódico de muchas viviendas de italianos, porque el pueblo estaba sediento de venganza.

Pues bien, llegó el día señalado para la ejecución de Caserio, ó sea de la venganza legal, y... el verdugo, ejecutor de la justicia, fué rechazado de todos los hoteles donde pretendió albergarse y hubo que prepararle alojamiento á viva fuerza.

Lo cual prueba una cosa.

Que se indignan mucho los lyoneses con las bombas pasadas, pero tienen bastante miedo á las bombas futuras.

Y mientras haya ese pavor universal me parece á mí que no se acaban los anarquistas.

Dos ministros discutieron
arduas cuestiones de ciencia,
y entre los dos no pudieron
llegar á una inteligencia.

FÉLIX MÉNDEZ.

Al excelentísimo señor gobernador civil se le ha ocurrido una excelente idea para subvenir á las necesidades de los Asilos, de que antes cuidaban voluntariamente los casinos y círculos de recreo entregando, con una generosidad digna de alabanza, crecidas cantidades todos los meses.

La idea es que todos los teatros den funciones de beneficio y entreguen los productos en el Gobierno civil con el expresado objeto.

Es de advertir que los espectáculos y los que de ellos viven están abrumados de impuestos, gabelas y socialifias hasta lo inconcebible.

Se paga por todo y para todo, pero llega un apuro benéfico y allá van

los poderes públicos á sacar el redañó. Inundaciones, catástrofes, guerras, etc. todo es motivo para mermar los ingresos de las empresas, los derechos del autor y los sueldos de los actores. *Voluntariamente*, eso, sí, pero vaya usted á negarse y le encajan una porción de multas, *adquid*, con cualquier motivo.

El Estado tiene ó no tiene el deber de socorrer á los desamparados? Pues si la tiene que los socorra, que para eso se queda con el sudor de nuestra frente.

Y si no puede... ya fundaremos nosotros los asilos y tendremos quien nos lo agradezca. Porque es muy cómodo darlas de caritativo con el trabajo ajeno.

Ha un mes se fugó Tomasa,
la chica de Luis Palomo,
y ayer tarde volvió á casa,
¡pero si viera usted cómo!...

Me he convencido. Es un tonto
aquél que, odiando, no mala,
porque casi siempre indultan
al preso que no se escapa.

JOSÉ B. AGUADO.

Libros:

Predicar en desierto, colección de composiciones poéticas de D. Enrique Redel, que escribe con gran corrección y elegancia, á juzgar por la maestra. Precede al folleto una semblanza del autor por D. Máximo Soto Hall. Precio, una peseta.

A orillas del Turia, versos del distinguido vate valenciano D. Pedro Bonet y Alcantarilla. Precio, una peseta.

Horas, poesía de D. Julio Flórez de Bogotá, algunas de las cuales no desmerecen de las de los mejores poetas castellanos.

Noche y día, colección de poesías de D. Vicente Fernández Berzal y don José Rodao, sobradamente conocidos ambos en la república de las letras para que necesiten recomendación de ninguna especie. Precio, 2 pesetas.

La india brava, juguete cómico-lírico original de nuestro compañero Pérez Zañiga, música de Valverde (hijo), estrenado con gran aplauso recientemente en el teatro del Príncipe Alfonso.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Hace.—No diré que con la misma forma exactamente, pero lo que es con idéntico pensamiento he leído yo eso muchas veces.

K. rabina.—Lo que no se podrá decir sin pecar es que el romance no es mediano. Porque lo es, por desdicha.

Cabe Quina.—Sí, señor, puede usted animarse sin riesgo. Y me inclina á dar á usted esta contestación, más que la estructura de los versos, el hecho de haber usted detallado sus defectos perfectamente y con muy buen juicio.

El tio bragas.—Empecemos:

«Carmen, muy tarde has llegado á comprender lo mucho que te he querido pero es tanto lo que he sufrido... por tu manera de proceder...

Y no es lo malo que haya usted sufrido mucho, sino que el sufrimiento le ha trastornado á usted hasta el punto de que escribe usted en prosa sin saberlo.

Uno.—Demasiado inocente. Y tanto se peca por carta de menos como de más.

Sr. D. J. G. L.—Tiene cierta gracia, pero es larga para lo que el asunto da de sí, y los versos no tienen la corrección y soltura que hacen menester.

N. a. a.—No puedo publicarlas todas porque sería abitar, pero pur no desairarle á usted, allá va la primera:

«Nace el hombre desdichado
con el sino allá en la frente
después de grandes dolores
y le sorprende la muerte
con mil y miles temblores.»

Queda usted complacido y á otra, ¡qué demonio!

Karz-Vos.—Muy bonito... para la propia interesada solamente.

K. listo.—No puedo decir otro tanto, porque ni para *ella* es bonito ése. Hay que contar las sílabas, que algunas veces no cuenta usted las sílabas...

Sr. D. A. M.—Valladolid.—Pero ¡caramba! lo primero que hay que hacer en los romances es asonantar los versos como es debido. Porque si no, no hay tales romances ni tales carneros.

Nipuyson.—Las humoradas tienen esa contra, que á lo mejor se quiere decir algo y se dice una vulgaridad como un castillo.

El maestro bordons.—Un poquito endeble.

XIX.—Fijese usted en lo siguiente:

«Cuando yo te conocí todo tu afán era casarte
ahora que lo has conseguido quieres separarte.»

Y verá usted cómo cada verso tiene la medida que mejor le parece y... no son versos ninguno de los dos. Y así andan los restantes.

Curriqui.—Son tan poquita cosa...

Castañuelas.—Pero, hombre de Dios, ¿cómo le voy á decir á usted que sirve eso, si es más malo que mandado hacer de encargo?

Léines.—Va, ya se ve que estaba usted de broma, y hasta con la ortografía la ha tomado usted de propósito. Pero ha exagerado usted tanto que se ve la hilaza.

P. Lusa.—No puedo aprovechar nada absolutamente.

Sr. D. J. G. B.—La andaluzada es demasiado candorosa de suyo. Y no merecía tantos versos.

Sr. D. E. de P.—(Que no es Eduardo de Palacio, y me apresuro á hacer la advertencia.) La factura de los versos es del sistema antiguo... No sé si usted me comprenderá. En fin, espere usted uno ó dos años, lea usted lo que ha hecho ahora, y si entonces, en frío, comprende usted sus defectos, coja otra vez la pluma. Este es mi consejo leal.

Un mal poeta.—En el número pasado quedó compuesta mucha correspondencia que no entró en caja. De modo que puede que le conteste á usted, sin saberlo, en el número de hoy. Si no es así... ¡qué se le ha de hacer! No es posible complacer á todos.

Un poeta más.—Elio no tiene malicia alguna, eso á la vista salta, pero del principio se escandalizaría mucha gente y... hay que huir del escándalo.

Sr. D. F. A.—Madrid.—Asonancias, sobra de sílabas, falta de *ítem*, consonantes que quieren serlo y no lo logran, todo eso hay en la composición de usted. Hay que fijarse un poco.

Tabardillo.—Poca cosa y sin novedad alguna.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 26 dup.º
Teléfono 934.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNAC SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES